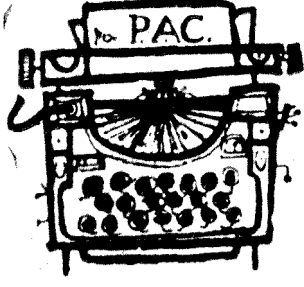


escrito a máquina

radiografías del
nicaragüense

Bartolo el Ciego



En vez de hablar sobre el nicaragüense, he querido hacer una encuesta "sul géneris", conversando con tipos de diversas clases y oficios que me cuentan su vida, su situación, sus luchas, sus aspiraciones, para que sea el nicaragüense el que hable de sí mismo. Tal vez a través de una serie de tipos —y expresando con fidelidad sus confesiones— pueda completar, con una segunda parte más rica y más auténtica, mis estudios sobre "EL NICARAGUENSE". Tengo, naturalmente, que comprimir y reducir a lo esencial lo que esos tipos seleccionados me cuenten de su vida. He procurado, sin embargo, no omitir los detalles que revelen el ambiente en que el personaje se mueve. Como es obvio, también, he alterado los nombres propios de todos los relatantes. He aquí mi primer entrevistado:

“... Uno de esos juegos de muchacho: Cortábamos carrizos de papaya, les quemábamos las puntas para no sollamarnos la boca y hacíamos cerbatanas para matar pájaros. Mi primo Lencho, por puro juego, por irresponsable —¡zas!— me dio en el ojo. “¡Ay, mamita!”, dije yo viendo chispas y argollitas de fuego. —“Ya me jodiste, Lencho!”. Y él corrió afligido y me estuvo soplando. Se me fue pasando el ardor, pero me quedó un estorbido. Seguimos jugando. En la noche, con el sereno, otra vez la molestia y más ardor y ya no podía dormir. Yo no le quería decir a mi mamá porque me iba a leñatear. Pero ella me oyó revolviéndome en la tijera. —“Qué te pasa? No tenés cabida en la tijera”. —“El ojo, mamá. Me lo jinqué y me punza que no lo aguanto”. —“Pasate para acá”; y se calentaba la palma de la mano con el aliento y me la ponía sobre el párpado. Sabroso lo sentía; pero al ratito otra vez el dolor. En la mañana ya me amaneció el ojo hinchado. Allí anduve todo el día arrinconado y lloroso. No soportaba la luz. Mi mamá fue por miel de jicote y me echó unas gotas. Me ardió como un carajo pero me sentí mejor. Así estuve varios días, arrinconado, llorándome el ojo. Entonces llegó mi tata: —“Por qué está allí ese muchacho? Qué le pasa?”. —“Tiene el ojo chollado” —dijo mi mamá. —“A ver, acercate” —dijo él. Y me vio. —“Qué barbaridad! ¿Y cómo te lo pusiste así? ¡Ya te arruinaste!”. Pero andaba con tragos y se fue. —“Ya se va a componer” —decía mi mamá. Y me echaba miel y la abuela dijo que me pusieran unas compresitas de agua tibia de hoja de mango, y como usted sabe los muchachos todo aguantan. Con los días ya me fui acostumbrando, pero como me hería la luz me tapaba con un trapo. Entonces fue que me di cuenta que ya no veía con el ojo. —“Mamá, le dije, ya no veo con el ojo malo”. “Es la sangre, hijo, pero con los fomentos se te va a ir despejando”. Y nada. Me quedé tuerto; hasta a la escuela fui y como se me puso blanco el ojo me mal nombraban “ojo de sapo” o me gritaban: “tuerto, tuerto”. Me hacían sufrir los rejos. —“Mamá, le dije, yo no voy a la escuela”. —“¡Qué dundera, por un apodo quedarse ignorante, hoy mismo te vas o te rajo!”. Pero me iba al monte, a los mangales y allí me estaba escondido. Y todo era que me vieran los compañeros para que comenzaran a gritarme: “tuerto, tuerto baboso!”.

Así pasaría unos seis meses, qué, tal vez más, cuando una noche sentí un dolor horrible —ayúdeme a decir dolor— en el otro ojo. Toda la noche estuve que bramaba. —“Pero qué te hiciste? No me digás que te arruinaste el otro ojo!” —me gritaba mi mamá. Nada, nada me hice, le gritaba yo retorciéndome. Para qué le voy a decir: me pusieron todo, qué no me hicieron, hasta las vecinas se levantaron y yo rabiendo toda la noche y todo el día hasta que me quedé dormido. Cuando me desperté no le miento, sentí espanto. Ya no veía nada. —“Mamá, mamita linda, le grité, estoy ciego”. Todos corrieron. Yo me daba contra las paredes y mi madre gritando a grandes llantos: “¡Se me cegó mi hijo!”. Yo oía al montón de gente dentrando en la casa y todos diciendo algo: que le pongan esto, que le pongan lo otro, hasta que mi tío me cogió de la mano, y me llevó al hospital. Me pusieron unas inyecciones, unas gotas, pero no, no volví a ver. Créame doctor, nadie sabe lo que son esos primeros días de ceguera. Todavía me golpean. Estuve como loco. Le dije a mi mamá que me iba a matar y allí andaba, la pobre, escondiendo los cuchillos.

Me volví rinconero. No quería que me vieran. No salía. Cuando llegó mi tata de los cortes se puso a llorar. Eso sí me llegó al alma. Más desgraciado me sentía ovéndolo lamentarse. Un día volvió con una guitarra. —“Si le hacés a la música tal vez podés ganarte la vida” —me dijo. Después ya no lo volví a ver. Dicen que se fue a Golfito y que allí murió de un pique-tazo de cascabel. Yo fui creciendo en la casa. Para nada servía. Recuerdo que mis hermanos dijeron que tal vez en la iglesia podía ayudar porque cantaba. No paró de hablada. Otra noche una tal comadre Rosenda dijo que bien podía limosnear y no estar arrinconado sin hacer nada y viera cómo se puso mi mamá de fogosa. —“Limosnear mi hijo? ¡Mientras tenga madre tendrá quien le lleve la comida a la boca!”. Y le dijo a la comadre hasta lo que no quiso oír. Pero yo sabía que ese era mi destino, lo vivía pensando. Cuando se muera la viejita ¿qué otro camino te queda?, me decía entre mí nomás.

Cuando ella murió mi cuñada me dijo: —“Ve, Bartolo, vos no tenés cara para mendi-

VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

gar; te da vergüenza. ¿Por qué no te vas a Costa Rica? Yo te doy el pasaje; en tierra extranjera es más fácil extender la mano”.

—Pero es lo contrario, Bartolo.

—No crea. Mi cuñada era medio fregada pero tenía sus cosas. Donde a uno lo conocen... no es lo mismo. Se lo digo yo. Mi cuñada era muy práctica. Viera cómo ha levantado a mi hermano! Ya tienen una zapatería en San José. Ella fue la que me entotorotó con el viaje. Me fui con mi guitarra. Un año entero estuve en San José.

—Te fue bien?

—No le digo que mal pero tampoco bien. Pasaba fríos, me perdía; una noche hasta me robaron. Por lo menos aprendí a valerme solo.

—Y cómo empezaste?

—Mi cuñada me buscó un muchacho. El me llevaba. Era un águila el tiquito, pero me dejaba. Una noche que lo pelié porque se me cogió unos colones, me dejó abandonado. Lo hizo con toda la mala leche. Me anduvo dando vueltas y de repente se me fue. Tuve que ir hasta la policía. Entonces resolví volverme, y como la cuñada se oponía, me vine escondido. Me traje un camionero. Ese fue el que me dijo: “No volvés a Rivas, allí nada hacés. En Magagua un ciego gana más que un taxista”. ¿Qué pas de hombre... decirme eso! Ya... qué era yo! Pero ¿cuándo he pasado de a medio? Tengo veinte años de limosnear —¿por dónde he andado?— y apenas si logro juntar lo del día...! y menos cargando familia!

—¿Cuántos hijos?

—Sólo dos. ¿No sabía? ¡Victorino! ¡Salude al señor! Este es el segundo. El otro le queda a la mama.

—Y la señora?

—Ahí, mercadeando. Aquí la conocí en el mercado. Buena mujer. Era amiga de la señora sefa donde yo posaba y tratándola, tratándola, me le hice su hombre.

—¿Ya se te quitó, entonces, el miedo a la noche?

—Uuuhh! La vida todo enseña! Pero, ¿susté doctor?, una cosa no se me ha quitado: el miedo a los muchachos. Viera qué jodidos son. Vea lo que le digo: si yo dentro al mercado ahorita no falta una mujer que me ofrezca una comida... ¡y me sirven como rey!, tienen un corazón de oro. Pero todo ese muchachero que anda por allí es temible; me meten el pie para que me caiga, me joden, me hacen diabluras, me llaman: “Bartolo loco”. Son una mierda los muchachos. Yo les doy garrotazos”.

PABLO ANTONIO CUADRA